

EL DESAFORTUNADO NÚMERO 13

Carter

–MIERDA.

Me pongo de espaldas y me tomo un momento para recuperar el aliento. Me quito el condón; la verga se me está bajando con rapidez. Lamo las gotas de sudor que me cuelgan del labio superior y me paso los dedos por el pelo. Qué agitado estoy, maldita sea.

–No. –Gimotea Laura y se tira en la cama cuando me pongo de pie–. No te levantes, Carter.

Alzo el condón. Eso debería ser explicación suficiente, ¿verdad?

–Voy a tirar esto, Laura.

–Lacey –dice Laura frunciendo el ceño.

Me contengo de lanzar una carcajada. *Ups*.

–Cierto. Lo siento. Lacey.

Lacey, la rubia despampanante que salió en la tapa de *Maxim* en agosto pasado. Lo recuerdo porque me lo dijo trece veces en el bar (las empecé a contar después de la tercera).

–Podríamos hacerlo de nuevo –grita mientras tiro el condón a la papelera del baño.

Pongo el peso sobre el antebrazo que apoyé en la pared y orino mientras ella habla sin parar acerca de que deberíamos pasar toda la noche juntos. Podríamos, claro, pero preferiría que se fuera. Aunque la creencia popular diga lo contrario, me gusta pasar tiempo solo, incluso cuando podría pasarlo con algunas partes del cuerpo enterradas en chicas bonitas.

No me malinterpreten: Lacey es el tipo de chica con la que te metes en la cama sin dudar. Por eso nos pasamos los últimos treinta minutos cogiendo como conejos después de que le metí mano en el ascensor mientras subíamos al apartamento, porque, cielos, quería que dejara de hablar. Lo había entendido las primeras doce veces: había salido en la tapa de una revista.

El número trece se supone que es el número de la suerte, no un mal presagio.

—No puedo —respondo, mientras me lavo las manos y me miro en el espejo. Tengo un corte feo en la mitad del labio inferior y está hinchado. Salí prácticamente ileso; el otro tipo no—. Tengo un vuelo a primera hora.

El vuelo sale al mediodía. Simplemente no quiero que se quede.

Me cruzo de brazos y me apoyo contra el marco de la puerta mientras ella se acurruca bajo las mantas. Que ni lo sueñe.

—Será mejor que te vayas.

Me pongo la ropa interior y coloco las manos en las caderas, a la espera. No se mueve y me mira con sus enormes ojos azules. Parece creer que, cuanto más los abra, más rápido cambiaré de opinión. No sé cómo decirle lo equivocada que está.

Me rasco la cabeza. Me balanceo sobre los talones, cierro el puño un par de veces, chasqueo la lengua y espero a que haga algo.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? —me pregunta, por fin.

Ah, mierda. La pregunta de siempre. Me la hacen todo el tiempo. ¿Es porque de verdad quiere quedarse o porque espera, secretamente, ser la mujer que me cambiará las mañas y me hará querer sentar cabeza? A veces tengo la impresión de que existe un premio que se ganará la que consiga cambiarme.

Un momento: sí que existe. El premio es el sueldo de ocho cifras que cobro como capitán de los Vancouver Vipers.

Mi respuesta es siempre la misma:

–No hago pijamadas.

–Pero yo... –Le tiembla la barbilla y parpadea con los ojos humedecidos. Maldita sea. Nos conocemos hace dos horas nada más. ¿Por qué está llorando?–. Me pareció que la pasamos bien. Pensé que tal vez... Pensé que te gustaba.

–Me gustó estar contigo esta noche –digo. El sexo fue un firme siete sobre diez–. Nos divertimos mucho.

Uso el tiempo pasado para enfatizar que este es el momento en que cada cual sigue su camino para no volvernos a ver, pero tiene el efecto contrario.

Sonríe de oreja a oreja.

–Tal vez podríamos tener una cita.

Resisto las ganas de darme una bofetada y me paso la mano por el rostro en cámara lenta, reprimiendo un quejido. Denme puntos por eso.

–Vivimos en diferentes países.

–Puedo venir a...

–No tengo citas. –Encuentro los pantalones que dejé junto a la puerta de la habitación, busco el móvil y abro la aplicación de Uber–. No es personal. No busco nada serio por ahora.

Sinceramente, no entiendo por qué tengo que seguir hablando de esto. Soy abierto respecto a mi vida privada.

No, eso es mentira. Nadie sabe una mierda de mi vida privada, salvo mis compañeros de equipo y mi familia. Solo se sabe lo que hago después de que termina un partido y antes de que me desmaye solo en la cama. Me fotografían cada fin de semana con una mujer diferente. Las chicas saben en qué se están metiendo cuando están conmigo. Hay hasta foros en los que se quejan de que las trato como aventuras de una noche y al mismo tiempo quieren cabalgarme de nuevo.

Por eso todas desde el principio saben que son aventuras de una noche, pero aun así siempre se van decepcionadas.

Guardo el teléfono y vuelvo a prestarle atención a la mujer que está recostada en la cama. Estruja la sedosa tela roja entre los dedos y me observa.

–Te pedí un Uber. Estará abajo en cinco minutos.

–Pero...

–Mira, Lauren...

–Lacey.

–Lacey, cierto, disculpa. Mira, Lacey, la pasé muy bien esta noche contigo, pero viajo demasiado como para tener algo serio.

–¿Ese es el único motivo? –Me toma de la mano para que la ayude a incorporarse—. ¿Que el hockey no te deja tiempo?

–Sí. –Miento—. No tengo tiempo.

Podría hacerme el tiempo, supongo. Si me interesara. Pero no es el caso.

–Ah. –Por lo menos eso parece tranquilizarla. Quizá la hace sentir menos cohibida. No lo sé y no me importa mucho—. Bueno, ¿me das tu número?

Ni en sueños.

–Nunca doy mi número.

Jamás.

Antes de que pueda decir algo, la puerta de la suite emite dos pitidos y se abre.

—¿Estás despierto, Beckett? ¿Quieres jugar un rato antes de...? Ay, mierda. —Mi compañero de equipo y mejor amigo Emmett Brodie se queda parado sin entrar, su mirada pasa de mí a Lau... Lacey. Alza una mano para taparla y no verla. Supongo que debe pensar que Cara lo castrará si se atreve a mirar a otra mujer. La verdad es que la creo capaz. Es una muchacha intensa—. Menos mal que comparto habitación con Lockwood.

Sí, empezó a dormir con él hace un año, desde que conoció a Cara. Supongo que no quiere correr el riesgo de que haya mujeres desconocidas desnudas en su habitación cuando estamos de gira. Lo entiendo. Creo. Es decir, no sé nada de relaciones, ni serias ni de otro tipo.

—Lacey ya se va —digo y la miro. Sigue desnuda. No parece importarle que Emmett esté aquí parado. De hecho, lo mira de arriba abajo.

Es lo que suele pasar: a la mayoría de las chicas les importa un pepino con quién se acuesta siempre y cuando esté en el equipo y gane millones. Por eso se les dice conejitas del puck: saltan de un jugador a otro.

—Ha llegado tu auto —anuncio—. Será mejor que te vistas, cariño.

—Bueno, yo...

—Tiene novia y no está interesado.

Aprieto los dientes, molesto. Solo quiero jugar al Call of Duty con mi amigo, bajarme un paquete entero de Oreos y desmayarme de cara en las almohadas. ¿Es mucho pedir?

Por fin, Lacey se pone el vestido. Mierda, está buena. En cuanto cruce la puerta me olvidaré de su nombre, pero sí me acordaré de cómo la seda roja cae a la perfección sobre sus caderas.

—¿Puedo dejarte mi número? Así me llamas la próxima vez que estés en la ciudad, o si cambias de idea y quieres que vuele...

—Claro. —Hago una seña en dirección al anotador con el membrete del hotel y al bolígrafo sobre la mesita de luz—. Anótalo.

Emmett abre bien grandes los ojos y esboza una sonrisa. Después me pasa por al lado y entra al baño.

Lacey me sigue hasta la puerta y me mira como si fuera una cachorrita extraviada. Que haga todos los pucheros que quiera, no pienso llevármela a casa.

—Bueno, gracias... por esta noche. Espero volver a verte.

Su sonrisa es tan luminosa que casi me hace sentir mal. Pero luego se acerca para besarme y giro la cabeza en el último instante. El beso aterriza en mi mandíbula.

—Adiós, Lauren. —Cierro la puerta con fuerza y pongo el seguro.

—¡Lacey! —grita desde el pasillo.

Emmett sale del baño, muerto de risa.

—Eres un imbécil, Carter.

Me arrojo sobre el sofá mientras él enciende la Xbox.

—No es muy difícil: no estoy buscando pareja. —Tomo el paquete de Oreos medio vacío de la mesa de café y giro las tapas de una galleta para abrirla y chupar el relleno—. Es una aventura de una noche, no una propuesta de matrimonio.

—¿O sea que te cagas en sus esperanzas y sueños de tener una vida feliz con un hombre que las ama?

¿Esperanzas y sueños? ¿Qué demonios?

—Cara te está convirtiendo en un malvavisco. Que esperen y sueñen todo lo que quieran, solo que no conmigo.

—¿Porque nunca sentarás cabeza?

Me encojo de hombros.

–No lo sé. Quizá lo haga, quizá no, pero no lo haré ahora.

Se ríe y me arroja el mando en el regazo.

–Algún día, aparecerá una chica que te pondrá la vida patas arriba y no sabrás qué mierda hacer salvo ponerte de rodillas y rogarle que no se marche.

Asiento mientras me meto otra galleta en la boca.

–Y ese será el día en que siente cabeza.